

negocio, porque en los momentos actuales Eva Brillant no tiene rival, como cantante, en ningún país del mundo.

Y viendo que el compositor se desconcertaba ante esta conclusión utilitaria, repuso:

—Vamos; las doce van á dar, y no permitiré que se aleje usted de mi desierto con el estómago vacío. Almorzará usted conmigo. Será una especie de introducción á la vida de anacoreta que pronto empezará para usted. Amigo mío; puesto que va usted á Venecia, escribame para decirme lo que es del hermoso Tiziano de la iglesia de Capuchinos. No se fije usted en el estilo del monumento; es horrible. Lo construyeron los jesuitas. Esos admirables educadores de hombres eran muy malos arquitectos. Dirijase usted á la capilla de la Virgen, y deténgase con devoción ante el retablo del altar. Fué esculpido por Allegri, y sirve de marco á un diamante purísimo: *La Natividad*, del sublime Vecelli. La última vez que contemplé esta obra maestra, el agua de las lluvias filtraba por un canalón agujereado y amenazaba destruirla. Es una lástima. Venecia se hunde. Un día de tempestad desaparecerá entre las olas del Adriático, y una de las maravillas del mundo habrá dejado de existir.

Se levantó, cogió al compositor con afectuosa familiaridad por el brazo, y añadió:

—Hablo mucho, ¿eh? Uno frases, construyo sistemas y desenvuelvo teorías..... Es que estoy con-

tento al verle aquí, reconciliado con usted mismo. Derstal, el talento es raro; no lo malgastemos, y ahora vámonos á almorzar.

## IV

—María Pía, un extranjero que desea hablar con el *padrone*.

—Ya bajo.

Pasos rápidos se oyeron por la escalera de piedra, y una jovencita de quince años apareció en la acera que bordea el canal. Era delgada, y la mirada de sus grandes ojos, que brillaban entre los rizados bucles de sus flotantes cabellos, iluminaba su pálido rostro. Sacudió la cabeza para echar hacia atrás su cabellera, y dirigiéndose á un muchacho medio desnudo, cuyos brazos cubiertos de harina revelaban su profesión, le preguntó:

—¿Dónde está el visitante?

—En esta góndola.

Sentado bajo el negro cobertizo de la góndola, vestido con traje claro, corbata encarnada, y cubriendo su cabeza con sombrero de anchas alas, el joven Harry Brandón esperaba que saliese la persona por quien había preguntado.

—¿Es usted, excelencia—dijo María con voz sonora,—quien desea hablar con mi padre?

—Sí—respondió el americano.—Me han dicho que el panadero Salavería hospedaba en su casa á



un joven francés, llamado Mr. Oliverio Derstal. ¿Es cierto?

—Es exacto, excelencia. Pero si quiere usted hablar al señor Derstal, tendrá que esperarle, pues ha salido.

—Bueno. En este caso, me hará usted el favor de entregarle esta tarjeta cuando vuelva.

Y le dió un pedazo de cartulina, en el cual, y debajo de su nombre, había escrito: «Tendrá mucho gusto en ver al Sr. Derstal cualquier noche en el hotel Danieli.»

—Será cumplido su encargo, excelencia—dijo María Pía, guardando la tarjeta en el cuerpo de su vestido.—Pero si hubiese usted querido hablar con el señor francés, mi hermano le habría acompañado á buscarlo, con mucho gusto; pues seguramente á esta hora está paseando por la plaza y fumando cigarrillos.

—Bueno, bueno—dijo el americano.—Basta con que le entregue usted la tarjeta.

Y volviéndose hacia el gondolero, le dijo:

—Volvamos al hotel, Tomaso.

Impulsada por el remo, la embarcación viró, y momentos después desaparecía tras una de las revueltas del canal.

En los dos meses que hacía que se había instalado en casa del panadero Salavería, Derstal había observado una vida muy tranquila y reposada. Como le había prometido á Eva, había vuelto á la sencillez de los principios de su carrera. El hijo

de Salavería, al subir por la mañana á su cuarto, después de terminado el trabajo de la noche, llamaba á la puerta de la habitación de Derstal para despertarle. El joven se levantaba y se ponía á trabajar hasta el momento en que María Pía le entraba el desayuno, que consistía siempre en lo mismo: café con leche y pan dorado, que salía del horno; después volvía á sentarse á su mesa hasta las once. Entonces se vestía, preparándose para bajar á almorzar con la familia Salavería, á no ser que fuese á un modesto café, situado en la plaza de San Marcos. En su habitación ni siquiera tenía piano. Componía su música escribiendo, cosa que causaba el asombro de la joven María Pía.

—Mamá—había dicho,—¿comprende usted que el señor Derstal es músico y nunca toca ningún instrumento? Bambetto, que es músico, toca el cornetín de pistón, y Longanera la guitarra. Pero ¿cómo concebir un músico que no hace nunca música?

—Sin duda alguna, es el que dirige á los demás, el maestro, que tiene un bastón en la mano y lo agita en el aire, como ves en la orquesta del teatro San-Mosé, cuando vamos con tu hermano los domingos, ó como el director, cuando los soldados tocan en el concierto de Lido.

—¡Ah!—dijo María Pía, quedándose pensativa.—Entonces, tal vez sea un músico superior á esos que soplan los instrumentos.

—Sin duda alguna.



—Tal vez sea de los que cantan.

—No se lo preguntes, pues podría ofenderse.

Arreglando la habitación de Derstal, la joven María Pía no había dejado de observar los cuadernos de papel de música esparcidos en la mesa del compositor. Sin poderlo conseguir, había tratado de descifrarlos. Además de su ignorancia del francés, las letras que el músico garrapateaba encima de los puntitos negros, que representan las notas, le habían parecido jeroglíficos. Sin embargo, le había dicho á su madre:

—Mamá, no hace música, pero la escribe.

—¿Tú ves? Es un maestro.

El respeto con que la familia Salavería rodeaba á su pensionista aumentó desde entonces. La vida retirada de Derstal, su juventud, su elegancia y su arrogante figura habían hecho pensar muchas veces á aquellas honradas gentes que albergaban algún personaje misterioso. Derstal recibía cartas raramente; pero siempre venían de París. ¡París! Para aquellos modestos venecianos este nombre evocaba visiones espléndidas. Su vecino, el vendedor de porcelana, Verdi, que el año anterior había ganado un ambo en la lotería nacional, había gastado el dinero de su ganancia haciendo un viaje á París en tren de recreo. En la capital de Francia había permanecido ocho días, y se había llevado grandiosas impresiones, que traducía en interminables relatos. Derstal era de París, era maestro, y un día que por azar había cambiado de

traje para que María Pía le cosiese un botón á su *chaquet*, la jovencita había descubierto en el ojal de la prenda una cintita encarnada. Su hermano le había explicado que aquello demostraba que Derstal era caballero.

La jovencita había contado á la hija de su vecino Verdi que su huésped era maestro; parisiense y caballero. Y como el joven vivía solo, no salía casi nunca por la noche y parecía triste, las dos jovencitas habían sacado en conclusión que sólo podía ser un conspirador ó un enamorado. En todo caso, para ellas era un personaje novelasco. Esta opinión se fué extendiendo poco á poco, hasta que, habiendo llegado á oídas de un redactor del periódico *Il Mattino*, que vivía en el mismo barrio, y sintiendo éste avivada su curiosidad, quiso hacer una información, llegando muy fácilmente á establecer la identidad del compositor, cuya obra *Erin* se representaba en Milán por aquel entonces. Después de esto, un artículo de información, muy documentado y picante, con respecto á la retirada vida que el célebre músico observaba en un barrio perdido de Venecia, en medio de honradas gentes que ignoraban su condición, todo, sin duda, con el objeto de gozar del reposo y calma necesarios para poderse consagrar á la creación de una nueva obra maestra.

Sin que Derstal tuviese de ello la menor noticia, pues no leía ningún periódico, el artículo del redactor de *Il Mattino* había dado la vuelta á Eu-



ropa, apareciendo reproducido y comentado en los periódicos parisienses. Y hé aquí cómo sir Brandón, que viajaba por el Mediterráneo á bordo de su yate, había sabido que Derstal, al marcharse de París á cencerros tapados, se había ocultado en Venecia.

El primer movimiento del yanqui, cuando su hijo le había entregado el periódico para que se enterara de la información que explicaba la desaparición del compositor, y el olvido en el cual dejaba á sus fastuosos amigos, había sido el de tirar el papel y no ocuparse más del fugitivo. Pero había encontrado tan viva oposición entre los que le rodeaban, que había tenido que adoptar otra línea de conducta. El yate *Ariel* navegaba entonces en aguas de Brindisi, y sir Brandón se proponía llegar á Corfú, cuando la fantasía de su familia le obligó á internarse en el Adriático.

No había sido solamente Harry Brandón quien, encolerizado por no poder salir adelante con su *Atala*, había hecho dirigir la proa del *Ariel* hacia Venecia, sino que su hermana Susana, despechada por la brusca fuga de Derstal, había contribuido mucho también. La joven se encontraba en un estado de espíritu muy particular y nuevo para ella. Acostumbrada á realizar todos sus caprichos con una fantasía que la ternura de sus padres encontraba siempre justificada, había coqueteado con Derstal del mismo modo que lo había hecho con muchos de sus compatriotas. En la completa li-

bertad de la vida social en América, la joven había adquirido una firmeza de decisión que la ponía al abrigo de todo arrebató de pasión. Aparentemente demostraba una gran franqueza, pero, en realidad, reflexionaba detenidamente todos sus actos.

En París, encontrándole en el esplendor de su reciente celebridad, Derstal le había complacido; pero nunca le había considerado más que como á un compañero agradable, cuya palabra fácil y brillante la divertía, y cuyo talento potente y vibrante le procuraba deliciosas sensaciones. Le veía con gusto, en el salón de su madre, porque sus amigas envidiaban el atractivo que su presencia daba á sus reuniones. Se había envanecido de ejercer influencia sobre el artista, y poco á poco había adquirido acerca de él ciertos aires de autoridad que aumentaban insensiblemente la familiaridad de sus relaciones. Susana le trataba como á un amigo, llamándole Derstal á secas, y no estaba lejos de pensar que el músico se sentía dispuesto á todo para complacerla. El compositor, al no querer comprender los encubiertos ofrecimientos hechos por sir Brandón, á propósito de la ópera de su hijo, había ya causado justa decepción á la joven. Ésta había llegado hasta el extremo de decirle á Harry que Derstal se apresuraría á prestar su concurso á la obra en preparación «sólo para serle agradable á ella». Enfurecida por la negativa, se disponía á dirigirle vivos reproches y á arriesgar



una tentativa personal para conseguir que el músico se mostrase más complaciente.

La marcha de Derstal cortó en seco estos proyectos, y miss Susana había experimentado algo más que una gran sorpresa. La ausencia del músico la había entristecido mucho, y de cualquier otra que no hubiese sido ella se habría podido decir que la había apesadumbrado. Pero la orgullosa y enérgica joven no había dejado traslucir ni lo más mínimo de lo que pasaba en su alma. Se había mostrado indiferente y alegre, sin alterar lo más mínimo ni sus ocupaciones ni sus entretenimientos. En vez de hacer música con Derstal, la había hecho sola y se había acompañado á sí misma la romanza de su hermano *Because I love you*. No estaba tan bien como con las variaciones desdeñosamente improvisadas por Derstal, en el lugar de las indigentes armonías de Harry; pero Susana no se daba cuenta de la diferencia. Al tener noticia, leyendo el *New York Herald*, que reproducía la información de *Il Mattino*, que el fugitivo estaba tan cerca de ella, miss Susana no había vacilado en desear ardientemente dirigirse hacia Venecia, del mismo modo que había parecido decidida á navegar con rumbo á Grecia.

Cuando el compositor recibió de manos de María Pía la tarjeta de Harry Brandón, experimentó una verdadera contrariedad. Subió á su habitación, se sentó á su mesa, en la que el trabajo de la mañana esperaba las correcciones que nunca

dejaba de hacerle por la tarde, y reflexionó. Desde que había llegado á Venecia había recobrado el dominio de sí mismo. El silencio apacible de la ciudad muerta había reaccionado su espíritu de un modo bienhechor y le había devuelto la facultad de pensar. Habiendo salido de la agitación de París, no teniendo ninguna ocupación que llenar ni ninguna obligación que satisfacer, entregado á la monotonía de los días de soledad, Derstal no había encontrado más recurso que el trabajo. Á él se entregó en cuerpo y alma, experimentando una sensación de alegría completamente nueva. La inspiración, ahuyentada con el desarreglo de su vida, había vuelto más potente y fresca. Las ideas manaban abundantes de su cerebro, y los personajes de su drama se imponían á su imaginación con un relieve, un vigor y una realidad que le hacían buscar los pórticos y los canales en el silencio de la noche, cuando bajo la pálida claridad de la luna todo es blanco en Venecia: los palacios, las agnas, el cielo. Ante sus ojos aparecía la encarnación de la veneciana, con los nobles trazos y la alta estatura de Eva, produciendo en su corazón un estremecimiento amoroso y artístico á la vez. La mujer se confundía tan bien con la heroína, que no podía establecer distinción alguna entre la una y la otra, y las tiernas frases que para el canto escribía iban dirigidas á las dos, tan tiernamente gratas á su cerebro y á su corazón.

Paseaba solitario por los barrios de la ciudad,



se sentaba en un banco de piedra, aún caliente por los rayos del sol, y escuchaba el sonoro dialecto de las mujeres que gravemente andaban bajo su manto negro. Recogía las impresiones de la multitud, anotaba los aires populares y se impregnaba del color que quería que tuviesen las armonías de su instrumentación. Apenas pronunciaba veinte palabras por día, y gozaba deliciosamente de la felicidad que el silencio procura. En dos meses su partitura había hecho inmensos progresos. Había refundido casi todo el segundo acto y escrito completamente el tercero. Se disponía á empezar el último, y con la fiebre del trabajo que sentía, podía esperar tenerlo terminado para principios de Enero, estando dispuesto para hacerlo oír en la Ópera en esa época. La instrumentación, ya muy adelantada, le ocuparía hasta el mes de Marzo. Podía, pues, recobrar el tiempo perdido y ponerse á la disposición de su director casi en la época que se había fijado.

Acababa de advertírselo así en una carta que había suplicado á Lavirón que pusiese en el correo en París. Se preocupaba para conservar su incógnito, cuando el secreto de su retiro, divulgado por la prensa, había corrido ya toda Europa. La llegada de la familia Brandón era, pues, para el compositor en aquellas circunstancias una causa de seria preocupación. No contestar á la invitación hecha por Harry, era conducirse groseramente con personas que le habían abrumado con

sus amabilidades. Y contestar, era romper el pacto que consigo mismo había hecho de no abandonar su retiro hasta después de la terminación completa de su partitura. Sentado ante las hojas escritas por la mañana, las recorría con ojos distraídos. Era la hermosa frase del tenor en el final del tercer acto, cuando se cree traicionado por la mujer que ama:

Ah! cruelle, il fallait plutôt prendre ma vie!....  
Que ferai-je, à présent, de mon cœur désolé?

Y las modulaciones desgarradoras encontradas por él para expresar la desesperación y el abandono acudieron á sus labios. Se puso á cantar, y en el silencio de la casa, pobre y obscura; en la desierta calle, por la que ninguna góndola pasaba, la melodía, expresada por la hermosa voz y con el maravilloso sentimiento de Derstal, se extendió suave, desgarradora, sublime. Nunca la había oído más que en su pensamiento, y por primera vez aquellas admirables notas hicieron vibrar el aire con sus exquisitas sonoridades. Derstal mismo se impresionó. Sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo, y deseando afirmar su impresión, entonó de nuevo la frase, cantando también los versos que la preceden. Quedó satisfecho, juzgó que el efecto estaba bien situado en el movimiento del drama y que expresaba con exactitud los sentimientos del personaje. Á media voz exclamó:

—Está bien.



En aquel momento, y al otro lado de la puerta, se oyó un suspiro profundo, como un sollozo. Abrió, y se encontró á María Pía que lloraba sentada en el primer escalón.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó con dulzura.

La joven levantó su rostro inteligente, por el que rodaban gruesas lágrimas, y sonriendo con admiración, respondió:

—Ilustrísimo, te escucho. ¡Ah, señor! ¡Qué hermoso es esto!

Derstal sonrió. Fijó con interés los ojos en aquella criatura, cuya emoción correspondía á la suya, y le dijo:

—María Pía, ven á darme un consejo. Si te diesen á escoger entre una vida de lujo y de placeres y no cantar más como yo cantaba hace un instante, ó bien vivir en un barrio triste una humilde casa y arrastrar una pobre existencia, ó componer canciones como la que acabas de oír, ¿qué harías?

—Señor, viviría miserablemente, comería erizos fritos, dormiría sobre un colchón de algas secas, como los bateleros del canal vecino; pero no renunciaría á inundar de alegría los corazones cantando como tú sabes hacerlo.

Derstal inclinó la cabeza dulcemente, y dijo:

—Te doy las gracias, María Pía. Creo que tu consejo es bueno.

Pasó el día paseando en góndola por el lado de Murano. Volvió á la hora de comer, fumó un ci-

garrillo, y en vez de dirigirse al hotel Danieli, se acostó.

Durante dos días permaneció casi siempre encerrado en su habitación, de la que no salía más que por la noche para ir á dar un paseo por el jardín público. Estaba preocupado y taciturno, pero trabajaba con regularidad. No obstante, la tranquila vida de los primeros tiempos había cesado y parecía inquieto. Hacia las diez de la tercera noche, cuando acababa de regresar de su paseo y se disponía á acostarse, un gran resplandor iluminó la calle; un ruido desacostumbrado rompió el silencio, y en el canalito, cuyas inmóviles aguas bañaban la acera, adelantaron dos góndolas adornadas con brillantes linternas desde proa hasta popa. Antes de que Derstal, empujado por la curiosidad, se hubiese asomado á la ventana, la marcha de *Erín*, ejecutada por veinte instrumentos, rompió el silencio de la noche. El compositor, asombrado y casi descontento ante aquella serenata improvisada, permaneció en su habitación, como extraño á lo que en la calle ocurría. Pero ni siquiera le fué permitido el goce de no responder á aquella manifestación. Ruido de voces alegres risas y exclamaciones resonaron en la escalera, y bajo la presión de una mano impaciente, la puerta se abrió de par en par, apareciendo en el hueco Harry Brandón y su padre.

—Querido amigo, está usted hecho un salvaje —dijo el joven yanqui estrechando las manos del



compositor.—Es preciso que vengamos á buscarle hasta el puente de la Paja para tener el gusto de verle; y su misma música le es indiferente, hasta el extremo que, tocándola debajo de su ventana, no se digna usted asomarse.....

—¡Cómo!—dijo Derstal;—¿son ustedes los que han revolucionado el barrio?

—Mi mujer y mi hija—dijo interviniendo Brandón,—han sido las que han querido darle esta serenata. Y ¿qué música mejor que la suya se habría podido escoger para festejarle? Están abajo en la góndola y le esperan..... ¿No irá usted á darles las buenas noches?

Derstal aún no había tenido tiempo de contestar, cuando los músicos empezaban otro aire. No fué dueño de contener un gesto de desesperación; los vecinos se asomaban á las ventanas, y los niños del barrio se agrupaban enfrente de la casa. Entre las molestias que le causaba esta serenata, y el enojo de unirse á las señoras Brandón, no vaciló; cogió el sombrero y el abrigo, y bajó. En el negro camarín de la góndola la rubia Susana y su madre se ofrecieron á ojos de Derstal. Le hicieron señas para que entrase, cuando ya el padre y el hijo le habían empujado amistosamente. Una orden, y los *barcarolli*, hundiendo los remos en el agua, internaron la góndola en un canal vecino. Los músicos seguían lanzando al aire sus armonías, y unas veinte góndolas atraídas por el concierto formaron flotilla.

—Bien, Derstal—dijo Brandón.—¿Es éste el sitio en donde teníamos que volvernos á ver? Por mi parte, sólo puedo decir que el cuadro no me disgusta, por más que no haya sido yo el encargado de escogerlo.

Derstal sonrió, sin contestar á los reproches que se le dirigían, y se limitó á preguntar:

—¿Pero puedo saber adónde me llevan ustedes?

—Seguramente no vamos á encerrarle á usted en los *Plomos*—dijo Susana alegremente.—Por más que es usted muy culpable.

—Tranquílcese—dijo Harry.—Cenará usted en casa de Florián, y después se le devolverá la libertad.

—Vaya por la cena—contestó Derstal.—Pero, ¿no se podría hacer callar á la charanga?

—¿Quiere usted privar á la gente que le escolta de la satisfacción de oír la música en el agua? Es uno de sus placeres predilectos.

—Sí, pero no es uno de los míos. Y hay, además, un clarinete que ofende gravemente mis oídos desde hace más de un cuarto de hora.

—Sea. Vamos á desembarcar. Así verán pasarse á los músicos por el lado de San Jorge y de la Dogana.

Sentados en un salón del café Florián, teniendo delante hermosas ostras y vino de Asti, Derstal se propuso gozar de aquellos momentos. Este intermedio en su vida de labor le pareció agradable,



y se sintió tan dueño de sí mismo, que resolvió aprovecharlo sin pensar en las consecuencias que podía tener. Por otra parte, ¿qué peligro podía correr al cenar alegremente con aquellos amables viajeros que aquella noche estaban en Venecia, y al día siguiente estarían tal vez en Trieste? La intimidad era menos peligrosa en esta ciudad de paso que en París, en donde todos los días le hacían malgastar una parte preciosa de su tiempo. El resplandor de las luces, la riqueza del servicio de mesa, el refinamiento del menú dispuesto y la presencia de dos mujeres elegantes formaban un contraste tan sorprendente con la sombría y frugal regularidad de su vida reciente, que se aturdió. Una fiebre de colegial emancipado se apoderó de él, y con vivos colores trazó á sus compañeros el cuadro de su estancia en casa del panadero. Escuchaban atentamente sus impresiones, interesados por el adelanto de sus trabajos y cautivados por el ardor que sus palabras y miradas revelaban.

—Entonces—dijo Susana,—¿está usted en vísperas de terminar esa gran obra tan esperada? ¿Cree usted que en París no habría podido trabajar libremente?

—Puede ser. Pero ¡á cambio de cuántos esfuerzos y de cuántas molestias! Aquí, recogíendome en el silencio y la tranquilidad de los días, he podido dedicarme por completo á mi obra. No he vivido más que por ella y para ella. Esta estancia en Venecia será beneficiosa para mí.

—Usted es como todos los artistas, que no se apasionan verdaderamente más que por su trabajo—dijo con aspereza la hermosa americana.—Poner afecto en ellos es tener la seguridad de emplearlo mal. Cuando se cree tenerlos más seguros, hacen una pirueta y se alejan sin despedirse siquiera.

—¿Me guarda usted rencor por no haberla tenido al corriente de mis proyectos?—replicó amablemente Derstal.—¿Podía pensar que la interesasen lo más mínimo? En el mundo nadie se ocupa de los artistas más que por lo que á sus obras se refieren; y cuando dejan de producir, se les arrinconan. Sostienen un juego con sus amigos de un momento, para ver cuál de ellos llegará á dominar al otro. Á la larga, más vale ser echado de menos que abandonado. Y yo prefiero oír que usted me reproche una ingratitud, que en verdad no merezco, á convencerme de que para usted no soy más que un individuo sin importancia, con el que se cuenta únicamente como formando parte de las personas que todos los días se tienen á su alrededor.

—Es preciso que crea usted que nuestros cerebros son muy rudimentarios—dijo el joven Harry—si piensa que no sabemos establecer la diferencia entre un hombre superior, como usted es, y los figurantes bien vestidos que beben, bailan, comen y «flirtean» en nuestros salones, y que sólo son gentes de mundo. Á esos, nosotros los des-